

El misterioso caso de Paul Bleu

Juan Cristóbal Espinosa Hudtler

Image not found.

Capítulo 1

El misterioso caso de Paul Bleu

El inspector Theophile Leblanc estaba tomándose su segunda taza de café cuando recibió la llamada de su ayudante Bastián. Puso con desgana el diario del día anterior sobre la mesa y se levantó. Se sentía un poco acartonado, se ajustó los pantalones, se retorció un poco el bigote viéndose de reojo en un espejo y salió en dirección de la calle Rue de Geese. Llegó tres cuartos de hora después, aparcó su coche cerca del número 12 y subió a la tercera planta donde le esperaban.

La mañana era fría y el viento soplaba con fuerza. Leblanc apagó su cigarrillo y entró a la habitación donde se encontraba el cadáver de una joven. Hay huellas de violencia, inspector—le dijo Bastián estrechándole la mano— y, como siempre, los vecinos no oyeron nada. Empezó a revisar la habitación con su instinto de zorro. Se imaginó la secuencia del homicidio reconstruyendo los detalles como si se tratara de un rompecabezas. La primera impresión—se dijo— siempre es la más importante porque es engañosa y astuta. Le pareció extraño que la chica estuviera vestida con elegancia. Mostraba signos de violencia, pero parecían artificiales, como si se los hubieran infligido después de muerta. El perfume que llevaba era muy intenso y se había puesto demasiado. El inspector esperó que el forense le dijera que no había sido violada y que la hora de la muerte por un impacto de bala había sido entre las diez u once de la noche. El móvil había sido el robo y el asesino era una persona conocida por la víctima, puesto que no había el menor desorden. Buscaron entre las pertenencias de la chica y no encontraron nada de valor. La mujer se llamaba Anaïs Signoret trabajaba de fotógrafa en una revista de arte poco conocida y vivía con modestia. Leía y coleccionaba revistas y periódicos. Tenía un piso muy pequeño, decorado con fotos y pancartas, el mobiliario era de buen gusto, pero muy austero. En su guardarropa tenía sólo unas cuantas prendas de noche y lo demás estaba atiborrado de jeans y zapatos de tacón bajo. Theophile salió en compañía de su ayudante, ya había repasado hasta el cansancio sus hipótesis y trató de alejarse de ahí para razonar con la cabeza más fría.

En la comisaría encontró a su jefe, Clement Fouché, y tuvo que soportar los regaños porque estaba atrasado con algunos casos. Prometió ponerse a trabajar sin descanso y salió en busca de una cafetería. Se fue andando por la Rue de Vaugirard, se metió al Lounge Café y su amigo Pierre le puso un expreso cargado junto con el periódico. No encontró nada interesante en las noticias ni los suplementos y se quedó pensando en Anaïs. Tenía muchos años investigando asesinatos y sabía que su experiencia estaba constituida por el crimen al estilo francés, si hubiera tenido que resolver un caso japonés o chino, se habría visto en serios apuros. Su memoria era buena, como una gran biblioteca de tratados del

crimen y las perversiones humanas, pero sólo le servía para la investigación porque en las cosas cotidianas y las relaciones humanas se sentía como un náufrago en medio de una tormenta. A sus cincuenta y cuatro años, Leblanc, era un hombre inmerso en su trabajo, ajeno a toda vida social y se sentía como un fantasma en una sociedad que cada vez era más chovinista a pesar de mostrar una apertura hacia todo lo extranjero. Se encontraba muy desconcertado porque tenía sobre la mesa una infinidad de piezas y no sabía cómo empezar a armar su puzzle. Tenía sólo a una fotografía con su círculo de amigos y enemigos, ajusticiada con violencia, tal vez por culpa propia, con una vida sentimental, sin duda alguna, frustrada. Sentía pavor porque todos sus razonamientos lo llevaban a un escenario de emociones que no entendía. Sabía que poco a poco irían surgiendo los lazos de una relación complicada, que tendría que meterse en el corazón de la joven para entender la situación y que le pesaría muchísimo asimilarlo. Apareció en su memoria el cuerpo delgado, las piernas finas, el rostro angelical níveo de Anaïs, el tiro en la cabeza y sus labios pálidos en esa habitación de color crema con una cama demasiado grande y sin cabecera. Se tomó el café, le hizo una señal a Pierre y se fue.

Tenía un amante o novio—le dijo Bastián, dos días después en la oficina—. La vieron con él en algunas exposiciones de arte. No hablaba mucho de su relación, pero su amiga Rose dice que desde que lo había conocido, Anaïs, era otra. Ya lo hemos encontrado. Se llama Dominique Conte y trabaja en una academia como maestro de pintura. Es un artista raro. ¿Ya lo has entrevistado? —preguntó sorprendido Theophile—. No, no, sólo tengo su localización, estaba esperando comentárselo, inspector. ¿Cuántas veces te he dicho que no me llames inspector, Bastián? Muchas, señor, pero es un hábito que no me puedo quitar. Bueno—le espetó Leblanc—, vayamos a ver a ese tal maestrillo.

Llegaron a un taller anexo a l'École des beaux-arts lleno de lienzos, esculturas y pinturas. Había trabajos de pintores clásicos e impresionistas en los muros y caballetes. En un rincón se encontraba Conte sentado en un banquillo, muy concentrado haciendo una copia de Degas. Con los cilindritos de pastel recorría el papel como si estuviera pintando los labios de una mujer. Sus trazos eran muy suaves y delicados. Las líneas que dejaba eran convincentes y Theophile se quedó observando con la respiración contenida. Dominique les preguntó si había semejanza entre el original de la pancarta y el del caballete. Bastián respondió que estaba mejor la copia. Lo que no sabe usted, amigo— dijo con voz elocuente Conte—, es que Degas le puso mucha alma a esta pintura y eso es imposible plasmarlo aquí si uno no es Edgar. Se puede imitar la sensación y copiar la técnica, pero cuando se encuentre frente al original sabrá qué sintió y como lo expresó Degas. ¿Me cree?

—No estamos aquí para eso, ¿sabe? —dijo con una sonrisa irónica Leblanc—. Queremos hacerle unas preguntas relacionadas con la señorita

Anaïs Signoret. ¿Le suena? — Conte se puso serio y miró a sus visitantes con curiosidad.

—¿Quiere saber por qué no fui al entierro?

—No, señor Dominique, nada de eso. Queremos saber por qué la mató.

—Es usted muy ingenuo como cliente, pues ya veo que no sabe nada de arte y muy astuto como... ¿Policía?

—Sí, en efecto, estamos investigando el caso de la señorita Signoret.

—Pues, yo también lo siento. Era una buena joven y no sabe cuánto lamento su pérdida.

En ese momento Dominique se derrumbó y estuvo a punto de llorar. Leblanc se dio cuenta del dolor que experimentaba el pintor y se puso a dar una vuelta por el estudio. Detuvo su atención en una reproducción de los cuadros de Lempika y se preguntó si la sangre italiana de Dominique no le había transmitido las cualidades estéticas del gran Botticelli, pero decidió que no, porque al ver un cuadro de la rusa Zinaida Serevrikova y su copia le cruzó por la cabeza la idea de que tal vez Anaïs hubiera posado para Conte imitando éste a la exiliada rusa. Buscó algún cuadro que contuviera un desnudo parecido a la señorita Signoret, pero no lo halló. El maestro ya se había repuesto y lo miraba con curiosidad.

—Perdone que me haya dejado llevar por la emoción, es que yo amaba a Anaïs, pero las cosas no resultaron como deseábamos.

—¿A qué se refiere, exactamente?

—Pues, a que ella quería que estuviera sólo con ella, pero no estaba listo para dar ese paso.

—Y, ¿por eso la mató?

—¡Qué inocente es usted, amigo! ¿Cuál es su nombre?

—Soy Bastián el ayudante del inspector Leblanc—Theophile lo miró e hizo un gesto para indicar que no hablara, pero era muy tarde.

—Miren, señores, supe lo de Anaïs y lo lamento, pero no tuve nada que ver con el asesinato. A esa hora estaba aquí en mi estudio pintando ese cuadro—señaló un lienzo en el que se veía a una mujer desnuda en la posición de La Maja, sólo que no era morena, sino rubia—. Si quieren les puedo contar todo lo que deseen, incluso si me lo piden me confesaré

culpable ante un tribunal, lo haré con todo gusto.

—¿Sabe en qué condiciones murió?

—Leo la prensa, señor Leblanc, me sorprendió que la nota dijera que fue golpeada y que murió de un balazo. Cuando vi la foto no podía dar crédito a lo que veía. Ella era muy romántica. Trataba de aparentar ser una chica liberal y moderna, pero su corazón era tan dulce que ella misma se empalagaba. Yo le advertí desde el principio que no me tomara en serio, que sería como su confesor o amigo, sin embargo, ella se dejó llevar por los sentimientos y ya ve.

—Entonces, tuvo una relación con ella, ¿no?

—Sí. No lo puedo negar. Nos conocimos hace dos años en una galería. Ella estaba tomando fotos y se tropezó conmigo. Se disculpó porque me había echado el vino en mi camisa blanca. Estaba muy apenada, insistió demasiado en que había sido un accidente. La perdoné y ella comenzó a decirme cosas sobre el arte. Por mi parte, le hablé de la estética y mi opinión sobre el arte moderno y ya no se separó de mí. Decía que con mi ayuda podría escribir artículos y mejorar su situación laboral. Acepté ayudarle y al poco tiempo sucedió lo que tenía que haber evitado. Le confieso que soy una persona tranquila, pero con el vino me descontrolo y busco a las mujeres para desahogarme en sus brazos. Algunas de mis conocidas dicen que tengo ciertas facultades para entender el mundo interior femenino y me tratan con familiaridad.

—Sí, creo comprenderlo, pero ¿podría ser más explícito con respecto a su relación sentimental con ella?

—Señor inspector, usted sabe que cuando uno se identifica con una persona se cruzan ciertas fronteras. Yo me había prometido no tocar a Anaïs y salir corriendo con la primera alerta de riesgo. Un día se me olvidó. Estaba muy tomado, me sentía solo y había entrado en un estado depresivo muy fuerte y la única persona que podía ayudarme en ese momento era precisamente ella. Estuvimos juntos y se enamoró de mí, pero la borrachera me borró los detalles y al despertar me sentí diferente, su amor me había dado algo que no podía entender. Me enfermé de promiscuidad. No paraba de seducir mujeres hasta que ella se vino a humillar a mis pies. No tenía nada que ofrecerle. Conmigo habría perdido la razón como Juana la Loca. Después me alejé lo más posible de ella.

Leblanc se quedó mirando a Bastián y comprendió que las palabras del artista eran ciertas y que hubiera sido imposible que matara a Anaïs para liberarse de ella. Tenía un poder de convencimiento increíble, sufría de verdad por la fotógrafa, así que decidieron intentar otro método para

descubrir la verdad.

—Está bien, señor Dominique, continuaremos las indagaciones, sólo le pedimos que no se desaparezca para que no le metamos en la cárcel.

Dominique no respondió y se quedó sentado con la mirada baja haciendo una seña para que se fueran. En la calle Bastián dijo que no parecía un asesino y que era un tipo que atraía, por alguna razón, a las mujeres. Incluso él se había sentido atraído por su personalidad. Leblanc estaba enfadado porque lo que había presentado era cierto y no le quedaba otra más que ir a inmiscuirse en la vida sentimental de la chica. Citó a Bastián para el día siguiente.

Llegó muy pronto a la calle de la Rue de Geese. Vio aparecer a su ayudante que con prisa le hacía una señal para que lo esperara. Subieron al piso de Anaïs. El salón estaba muy frío y parecía que la corriente de aire venía de una nevera. Sintieron escalofríos. Empezaron a espulgar por todos lados. Había muchas revistas, periódicos y libros en pilas. Buscaron notas perdidas en la ropa del armario. Buscaron en los blocs de notas y las carpetas, pero todo se relacionaba con la historia del arte, ensayos sobre la fotografía y la literatura. Daba la impresión de que Anaïs era una chica muy culta. No había muchas fotos de ella en la casa. Sólo con ayuda de una caja de zapatos llena de fotos pudieron reconstruir algunos aspectos de la vida de la joven. Supieron que había estudiado en la universidad, que había tenido algunos novios y pretendientes, que guardaba los folletos de los espectáculos a los que asistía y que le encantaba la música de Door's, Rolling Stones, George Michel y Madonna, entre otros. Banal—comentó Leblanc—, es un tipo de música muy viejo para una mujer tan joven. En gustos no hay nada escrito, inspector—respondió Bastián acomodando unas agendas en la mesa de trabajo—. De pronto, Leblanc cayó en la cuenta de que había tres diarios y comenzó a hojearlos. Es muy infantil, esa costumbre de llevar un diario, ¿no crees, Bastián? —preguntó sin mirarlo Leblanc—. Depende inspector, a decir verdad, hasta yo lo escribiría si tuviera tiempo para hacerlo. Tal vez a ella le sirviera de consuelo confesarse consigo misma en la tranquilidad de la noche. Mira, lee esto, Bastián.

“Lo conocí hace poco. Es un hombre muy guapo y tiene un aura que atrae—¿creía en esas tonterías—preguntó Bastián —de adolescente inmadura? —no interrumpas con tus comentarios y lee—. Me atrae su feminidad. Es como si dentro de ese hombre tan varonil se escondiera un alma de mujer. Me entiende a la primera y hay cosas que ni siquiera digo porque me hace sentir que las entiende. Nunca me había topado con un ser de ese tipo. Los artistas que conozco son unos inadaptados que encubren sus traumas con su actitud apabullante, pero él es suave, astuto y sentimental. Desde el principio me dio a entender que nunca sería mío por completo, pero que no estaba excluida la relación íntima. Acepté su propuesta. Seríamos como una joven apasionada y una ardiente mujer

encerrada en un cuerpo masculino: Un amante lesbiano”.

—¿No le parece tonta esa frase, inspector?

—Quizás, Bastián, lo que pasa es que nunca se me había cruzado por el seso que una interpretación de ese tipo existiera.

—Pues, ahí lo tiene, inspector. Y ¿ahora qué?

—No lo sé, Bastián. Vamos a tener que armar la relación a partir de este principio hasta llegar al motivo del asesinato, si es que lo fue, porque como veo las cosas nos va a doler mucho la cabeza con esta tontería.

Bastián no contestó y siguió figoneando. De pronto una hoja suelta cayó dando vueltas como un pequeño cometa.

—¿Qué es eso, Bastián?

—No lo sé, inspector, déjeme ver— Cogió el papel, leyó y le cambió el rostro, luego se lo extendió a Leblanc.

“No se culpe de mi muerte a mi asesino sentimental, pues la decisión ha sido mía no de él, e indúltese a mi ejecutor. Anaïs”.

—¿Qué estupidez es esa, Bastián?

—No lo sé, inspector.

—¡Me lleva! ¿Sabes qué significa esto? ¿No? Pues, significa que Dominique nos ha dicho la verdad y el asesino real está paseándose muy campante por algún sitio. Tal vez ya se haya fugado al extranjero y nosotros aquí como tontos. Vayamos a interrogar a los vecinos y a todos los que vivan por aquí.

Bajaron a la calle una hora después. No habían aclarado nada y estaban decepcionados por encontrarse en una situación tan absurda. Al pasar por el quiosco de revistas decidieron preguntarle al encargado si sabía algo de la señorita Anaïs. Contestó con amabilidad el hombre bonachón que se encontraba ahí en ese momento y les informó que era una cliente muy asidua, que nunca dejaba pasar un ejemplar de las revistas de fotografía y que era una mujer muy agradable. Cuando le preguntaron si la había visto con algún hombre la respuesta fue satisfactoria. Supieron que había llegado varias veces en compañía de su amigo Dominique, quien se expresaba con ademanes un poco femeninos, pero era un varón con buenas maneras. Lo mejor de todo es que también afirmaba haberla visto conversar de un tema muy raro con un hombre con aspecto de mecánico. Se dirigió a él con el nombre de Paul—aclaró el vendedor de periódicos—, hablaron sobre no sé qué tipo de complicidad en un crimen falso. No pude

entender, parecía que todo lo decían en clave. El tipo, por cierto, estaba muy preocupado y la tenía cogida de las manos, ella lloraba en silencio. Por último, oí que le decía que pasara lo que pasara, él estaría siempre a su lado para auxiliarla en lo que fuera. Leblanc le pidió una descripción detallada del tal Paul. Era un hombre de estatura media, robusto, con un copete liso y muy negro, de ojos verdes y de unos treinta y cinco años. Bastián hizo lo mejor que pudo un retrato hablado y se lo mostró al hombre. Sí, sí se parece—contestó—, sólo que su rostro era más redondo y los ojos más rasgados, pero sí se le asemeja.

Comenzaron las pesquisas y tres días después ya sabían que el individuo se llamaba Paul Bleu y que le había compuesto el coche a la fotógrafa Signoret el día de su muerte. Fueron a interrogarlo. El taller no estaba muy lejos del domicilio de Anais. Llegaron a la Rue de Vaugirard y entraron en el número 71 que tenía un anuncio de aparcamiento público. Vieron a un hombre que se encontraba arreglando un motor. Hacía mucho ruido y tuvieron que esperar unos minutos hasta que apagó el coche, se limpió las manos y chocó con sus miradas.

—¿Es usted Paul Bleu?

—Sí, señor, ¿tiene algún problema con su coche?

—No, no es por eso que hemos venido. Soy el inspector Theophile Leblanc y este es mi ayudante Bastián Rouge. Queremos saber por qué mató a la fotógrafa Anais Signoret.

—Oiga, no soy culpable de nada. No sé a qué se refiere.

—Ah, ¿no? ¿Y si le digo que lo vieron a usted el mismo día en que fue asesinada?

—Mire, a mí no me meta en sus problemas. Le aseguro que no tengo nada que ver en ese asunto. Ella tenía problemas con su coche y se lo arreglé, nada más.

—Mire—dijo con astucia Leblanc— lo vieron a usted con ella por la tarde y unas horas después fue asesinada. ¿Cómo explica eso?

—Le repito que no sé a qué se refiere.

—Vamos a ver, Paul, ¿quieres que te llevemos a la comisaría para refrescarte la memoria? ¿Sabes que tenemos un animal llamado Jean Claude que hace hablar hasta a las piedras?

Paul pensó por un momento y decidió que era inútil oponer resistencia y se ofreció a colaborar. Se cambió de ropa y le pidió al inspector acompañarlo a Le trat d'union, una cervecería que estaba al lado.

Entraron y pidieron un tarro cada uno y se sentaron en un rincón.

—Mire, señor Leblanc. Ese día le entregué su coche a Anaïs. La conocía de tiempo y la había pretendido. Era muy guapa y me gustaba. A veces conversábamos como amigos, nada más. Un día me confesó que estaba enamorada de un artista. Estaba loca por él. No dejaba de comentarme lo bien que se sentía a su lado, lo agradable que era. Sentí celos, es verdad, pero me resigné pronto y traté de verla como a un cliente más. Pasaron los meses y noté que estaba un poco decaída, me le acerqué para saber de qué se trataba, entonces me confesó que su amigo, el tal Dominique, la tenía loca y ya no quería estar sin él. Pero la cosa era que el artista era un mujeriego inconstante que desaparecía sin decirle nada. Ella se fue hundiendo en un estado depresivo muy fuerte. Comenzó a tomar cosas. Ya sabe, esos calmantes que recetan los loqueros. Total, que llegó un momento en que ya no se pudo controlar—el inspector y su ayudante lo miraron con curiosidad y Paul les soltó de sopetón la confesión—. Sabe qué significa eso, ¿verdad?

—No, no lo sabemos, explíquese.

—Pues, resultó que me citó en su casa. Fui a verla esperanzado en que por fin podría ser mía.

—Y la mató, ¿verdad?

—No, no sea tonto. Lo que pasó fue lo siguiente. Llegué a eso de las diez de la noche y me la encontré muy arreglada. Pensé que querría salir a pasear. Estaba eufórico, pero ella comenzó a hablar y sus palabras me desconcertaron primero y, luego, me enfurecí. Fue por eso que la golpeé, pero ya estaba muerta en ese momento y, para colmo, ella me lo había pedido.

—No está claro. Vaya por partes. ¡Explíquese!

—Mire, llegué y me dijo que se iba a suicidar, pero que no quería que nadie supiera su cobardía. Me propuso que simuláramos un asesinato. Me pidió que la golpeará después de muerta, que la acomodara en su cama para que pareciera un asalto, que limpiara cualquier rastro mío y que me olvidara de lo sucedido. Ya se imaginará que para mí fue un shock, pero no pude hacer nada por que ya se había decidido. Me pidió un vaso de agua y cuando regresé la vi apuntarse con una pistola en la cabeza. Salté sobre ella, pero no pude impedir que disparara. Me puse muy nervioso. Estaba desesperado, irritado por su estupidez, le pegué, luego se me saltaron las lágrimas y me quedé conmocionado. Cuando reaccioné estaba completamente desorientado. Las circunstancias me habían superado. Jamás he sido un criminal y encontrarme en esa situación me hizo cometer tonterías. Primero, la puse en la cama, limpié las cosas donde creí que se encontraban mis huellas, cogí la pistola, gran error, y le quité

el silenciador. No sé por qué me guardé el arma. Esperé a que hubiera un momento adecuado para salir sin ser visto y me fui.

—Bien, Paul, todo concuerda con lo que nos ha reportado el forense. Espero que conserves la pistola y nos la entregues. Además, no estaría mal que nos dijeras de dónde la sacaste.

—Oiga, un momento. ¿Me está culpando? Le he dicho toda la verdad confiando en que es usted un profesional y no uno de esos animales que trabajan en la comandancia de la policía. Le juro que no la maté y que lo que he dicho es la pura verdad. Si me lo pide le enseñaré todo lo que sea necesario para demostrar mi inocencia.

—Mira, Paul, los celos serían el móvil perfecto para cometer el crimen. Tú amabas a Anaïs y, al saber que ella estaba loca por otro, decidiste emplear la frase “Ni conmigo ni sin mí” y te la cargaste, ¿no es así?

—No, inspector, está usted equivocado. Jamás habría tocado a esa mujer para hacerle daño. La quería de verdad y lo que más deseaba era que fuera feliz. Por desgracia, el inmisericorde artista de pacotilla la obligó a hacer lo que hizo. Si quiere martiríceme, confesaré lo que quiera, pero sépase que lo haré sólo para limpiar la imagen de Anaïs y pagar por mi estupidez. Sí hubiera podido detenerla a tiempo, le habría dado la felicidad que le faltó, pero llegué tarde, ¿lo puede entender?

—Está bien Paul. Voy a confiar en ti. Necesito que me entregues el arma y me firmes una declaración que me harás ahora mismo por escrito.

Cuando les fue entregada la declaración y el arma. Bastián y Leblanc se fueron a la comisaría. El señor Clement Fouché estaba de muy mal humor porque su amigo, el candidato Charles Darnand, le había pedido que declarara sobre el buen funcionamiento del departamento de policía y era necesario presentar un reporte de los homicidios resueltos en la ciudad y la lucha contra la delincuencia.

—Oiga, inspector Leblanc, necesito que me entregue un reporte de los casos que tenemos resueltos. Además, voy a necesitar que resuelva con urgencia los casos que están pendientes. Busque la manera de encontrar culpables para llevarlos a juicio a todos. Asegúrese de que serán condenados mal vivientes y gente sin futuro. Ya sabe, busque de preferencia entre los emigrantes y personas que se dediquen a negocios ilícitos.

—Sí, señor—contestó Leblanc conteniendo su ira.

—Pues, empiece ahora mismo. Lo espero en mi despacho. Traiga unos cuantos archivos y yo le diré a quién inculpar en los casos más recientes, en lo que se refiere a los rancios no resueltos sacaremos información de

gente desaparecida para llenar los huecos.

Leblanc se fue a su oficina y le pidió a Bastián que investigara con urgencia la procedencia del arma que tenían. El ayudante salió sin chistar y volvió dos horas después.

—Ya tengo la información, inspector.

—Pues, desembúchala.

—Mire, inspector, hace unos días Anaïs fue a ver a unos conocidos suyos y les pidió un contacto para conseguir el arma. Se la vendieron unos argelinos que tienen contacto con los militares y venden cosas caducadas o sobrantes de los inventarios en algunos cuarteles. Se trata de armamento en mal estado o defectuoso. Por cierto, la chica tuvo la mala suerte de que esta matraca funcionara cuando la accionó. Había muchas posibilidades de que se salvara, pero ya ve. El destino es como es.

—Bien, Bastián, lo malo es que el jefe no va a estar de acuerdo en que se trata de un suicidio y vamos a tener que meter a ese infeliz de Paul a la cárcel por homicidio.

—Le van a caer veinte años, inspector, pero, ¿realmente cree que es inocente?

—Por supuesto, Bastián, llevo en esto más de treinta años y la experiencia me ha dado la posibilidad de identificar a los criminales con tan sólo echarles un vistazo. Te aseguro que Paul es inocente.

—Y ¿cómo lo supo? Dígamelo, si no es indiscreción, inspector.

—Muy fácil. Bastián, nadie habría declarado tan rápido en caso de ser culpable. Además, ya me lo había imaginado desde el principio. Todo guiaba a un crimen, es decir, a un suicidio por decepción amorosa. Si te diste cuenta Dominique también se quebró al instante. Esos no tienen madera de criminales. Los de verdad o lo planean todo bien o buscan todo tipo de huecos para escabullirse dando largas para tener tiempo de escaparse. Lo que me preocupa ahora es cómo vamos a sacar del hoyo a Paul, pues en cuanto le ponga el caso en la mesa a Fouché me lo va a cerrar como homicidio. ¿Se te ocurre algo?

—No, inspector. No se me ocurre nada verosímil.

—Pues, piensa en cualquier cosa por descabellada que te parezca.

—No sé inspector—Bastián permaneció unos minutos en silencio y, de pronto, se le iluminó el rostro. Oiga, inspector y ¿si declaramos a Paul

muerto?

—¡Perfecto! Bastián. Ya entiendo. Mira, vete corriendo a buscar un cadáver en la morgue que no haya sido identificado. Habla con August, el forense, e infórmale de lo que traemos entre manos. No será la primera vez que nos ayude. Luego, vete volado a ver a Paul Bleu y dile que tiene que desaparecer, que nos proporcione todos sus datos y documentos para cambiarle la identidad. Explícale que no sabemos en quién se convertirá, pero que puede estar tranquilo. Si no acepta dile que su caso ya está resuelto y que parará en la cárcel si no acepta.

Bastián salió hacia el taller mecánico y Leblanc cogió algunos expedientes les echó un vistazo. Separó los que consideró que podían tener una solución justa y, los que de plano no tenían ni pies ni cabeza, fueron a parar al escritorio de Fouché.

—Buenos tardes—le saludó Clement Fouché con voz preocupada.

—Buenas tardes, señor.

—Mire, Leblanc, iré al grano. Tenemos un problema grave. Sabe que los últimos años se ha encrudecido el terrorismo y los delincuentes han aprovechado las sombras para expandir sus actividades, ¿verdad?

—Sí, señor, la prueba está aquí—señaló la pila de expedientes que sostenía en los brazos.

—Está bien, póngalos sobre el escritorio y pida que nos traigan la comida. Pasaremos un buen rato decidiendo el destino de estos crímenes. Empecemos. Coja uno y léamelo.

—Este es el del robo de la joyería en Boulevard Raspail. ¿Se acuerda que hubo un tiroteo y que cogimos a los ladrones, menos al cabecilla Jean Beuer?

—Sí, sí lo recuerdo. Mire, lo vamos a cerrar. La mayor parte de las joyas fueron recuperadas. Lo demás lo pagó el seguro y ahora no hay nadie que persiga al prófugo. Es más, nadie se acuerda del caso, así que diremos que Jean Beuer fue hallado muerto en Le Canal du Saint Martin, se consigue una foto de alguien que haya fallecido ahí y la pone.

—Pero señor y ¿si alguien reabre el caso?

—No se preocupe por eso. Tenemos la autorización del futuro alcalde de la ciudad. Nuestras espaldas están protegidas y si logramos presentarlo todo antes de las votaciones, alcanzaremos un estatus jamás imaginado. Ya

sabe cuánto tiempo llevamos tratando de mejorar nuestra condición tanto social como económica. Con esto podría pensar en su jubilación. Yo se la firmo, pero apresúrese y no ponga peros.

Toda la tarde de ese día y las tres siguientes, Leblanc, estuvo ideando la forma más verosímil de concluir los asuntos pendientes. Terminó harto de inventarse cosas y salió odiando a muerte a su jefe, quien, sin inmutarse, violó las reglas éticas más elementales e hizo añicos los argumentos morales que le presentó Theophile. Se fue a su casa a descansar. Tuvo un sueño intranquilo y cuando se presentó de nuevo en la comisaría le dio gracias a dios de que Clement Fouché no estuviera. Salió a su encuentro Bastián para mostrarle los resultados del caso de la fotógrafa Signoret. Quedó claro que había sido un homicidio, que el mecánico Paul Bleu la había seguido hasta su casa y le había metido un tiro para asaltarla y, al escapar, unos maleantes lo habían agredido mandándolo al otro mundo. Por último, se había hecho el reporte policial cumpliendo con todas las normas y el caso se cerraba para siempre.

—Muchas gracias, Bastián. Has hecho un gran trabajo al cambiar la identidad de Paul Bleu. Por cierto, ¿sabes cómo se llamará ahora?

—Sí, señor, nuestros contactos le están creando un perfil. Seguirá siendo mecánico y se llamará Martín Cloutier.

—Está bien. Necesito que me ayudes a terminar con el trabajo que me ha dado Fouché.

Comenzaron a clasificar los casos, pero Bastián se alarmó al ver lo insensato que era todo, por eso protestó y le dijo a Leblanc que renunciaría, que si alguien se ponía a escarbar en esas carpetas se armaría un gran escándalo a nivel nacional. No te preocupes, Bastián—le dijo dándole ánimos Leblanc— tú quedarás inmune de toda culpa porque las resoluciones las firmaremos Fouché y yo, y en caso de que salga el peine, espero encontrarme muy cómodamente establecido en Panamá o en Buenos Aires. Tú sólo tendrás que echarnos toda la culpa a nosotros. Ese Clement Fouché piensa que su amigo lo salvará, pero en la política y en la guerra todo se vale. Ya me imagino cómo se desmoronará si no le sacan las castañas del fuego llegado el momento, pero es la ambición lo que lo guía. ¡Allá él! ¡Si se quiere quemar, que se achicharre!

Pasaron tres meses y el candidato a regente de la ciudad resultó ser el amigo de Fouché. Se implantó una política secreta para investigar a todos los inmigrantes, se movilizó un gran número de policías que patrullaban como espías las zonas en donde se congregaban personas procedentes de África, China, Latinoamérica y Oriente Medio. La política del jefe de la policía era la de buscar a los extranjeros indocumentados más conflictivos e inculparlos en crímenes. Se les torturaba para que confesaran delitos que no habían cometido y se les encarcelaba. La vida en la ciudad parecía

muy tranquila, pero era por ese sistema maquiavélico que había implantado Fouché.

En una ocasión Leblanc tuvo que enfrentarse contra ese enorme muro de patrañas que había ido construyendo Fouché con sus declaraciones públicas y campañas en pro de la France sin violencia y con un mecanismo brutal de control underground. Clement Fouché tenía una bomba de tiempo en las manos, pero simulaba desconocer la situación real. Era consciente de que tarde o temprano se detonaría la dinamita y muchos políticos saldrían volando. Guardaba la calma como un pato frente al filo del hacha y se dedicaba a acumular dinero para huir al menor aviso de peligro.

—Tenemos un problema inspector—dijo con rostro demacrado Bastián.

—¿Uno, nada más? ¿Sabes que llevamos unos meses sentados en el detonador de una gran bomba? Y cuando explote...

—Pues, quizás sea muy pronto. Mire, han reclamado el cadáver de Paul Bleu.

—¿Cómo? ¿Que han reclamado el cadáver de Paul Bleu? Pero ¿no lo habíamos enterrado ya?

—Sí, inspector, pero ha sucedido algo rarísimo. Ha venido una mujer desde Canadá a exigir su cadáver.

—Bastián, si estuviéramos dentro de una novelucha barata de detectives o una nivola, como lo denominaba Miguelito de Unamuno, te creo que pudiera pasar algo así, incluso podríamos echarle la bronca al autor desde aquí, pero esta es la vida real, la vida real ¿entiendes? En la vida real no pasan esas tonterías.

—Pues, será el destino que nos está jugando una mala pasada porque habiendo un ciento de hombres que podrían llevar el mismo nombre, éste ha sido identificado por una parienta, pero su nombre real es Claude Blainville. Llevaba unos años en Francia y sólo su prima sabía sobre su paradero. Al no recibir noticias de él, se preocupó y vino a investigar qué había pasado con él. Por desgracia se trajo fotos y copias de documentos donde figuraban sus huellas digitales. Luego, ya se imaginará, buscó por todos lados y en la morgue le dieron referencias de su primo bajo el nombre de Bleu.

—Bueno, ya Fouché nos ha metido hasta el fondo de esta mierda, peor no pueden estar las cosas y si lo pensamos un poco, podemos sustituir las fotos de Blainville por otras y cerrar otra vez el caso de la señorita Signoret. El único problema sería que el expediente cayera en manos de las personas inadecuadas o la mujer canadiense haya encontrado a

nuestro Paul Bleu, es decir, al nuevo, ¿cómo decías que le habían puesto? ¡Ah! Sí, lo recuerdo, Martín Cloutier. Todo esto es el colmo de lo absurdo, querido Bastián, siempre me imaginé que las cosas se pueden entorpecer, incluso ser las más raras del mundo, pero esto ya es demasiado.

—Bueno, y ¿qué hacemos ahora, inspector?

—Creo que lo primero será aclarar qué sucedió con el tal Paul Bleu, o sea, Claude Blainville. En caso de que lo hayan metido en una fosa común, le daremos el pésame a su prima y adiós. Problema resuelto.

—Está bien, inspector. Aquí tengo la dirección donde la podemos localizar.

—Pues, vayámonos en seguida.

La señora Lisange Vacquette estaba hospedada en el hotel Jardin Le Bréa. Cuando la encontró Leblanc, ella iba llegando de hacer unas compras, la encargada de la administración se la señaló. Bastián la miró y no pudo resistirse a hacer un comentario sobre su belleza. Era una mujer madura, pelirroja con los ojos verdes muy vivos, llevaba un traje olivo, su aspecto era elegante y tenía un rostro suspicaz. Si esa mujer fuera un animal, sería una liebre, ¿no cree inspector? No, no lo creo, Bastián, me parece que está más cerca de la familia de los zorros, mírala bien.

—Buenas tardes, ¿es usted la señorita Vacquette?

—Sí, soy yo, ¿en qué puedo ayudarles?

—Mire somos de la policía y sabemos que ha viajado para indagar sobre el fallecimiento de su primo.

—Sí, en efecto señor...

—Soy el inspector Leblanc y este es mi ayudante Bastián Rouge.

—Sí, he venido a buscar a mi primo Claude Blainville, pero me han dicho que tenía otro nombre.

—Precisamente de eso queremos hablarle. Permítanos ayudarle con sus cosas y, si lo desea, podemos conversar en el restaurante del hotel.

—Está bien.

Unos minutos más tarde estaban los tres sentados en una mesita redonda tomando un café con pastas. Leblanc no aceptó el coñac que le ofreció la señorita Lisange. Había poca clientela y el camarero había desaparecido sin dejar rastro. Sonaba una música suave que llenó por completo el

instante de tensión que había entre el inspector y su ayudante.

—Dígame, señorita Vacquette, ¿ha podido resolver su asunto?

—No, señor inspector. Las cosas no han salido como yo esperaba.

—Ah, ¿sí? ¿por qué?

—Mire, necesitaba encontrar a mi primo porque tenemos una tía que lo estimaba mucho y le dejó su fábrica de cerveza. La anciana hizo testamento y pidió que él, Claude, recibiera el dinero y la cervecería y la dirigiera como el dueño. Sin embargo, ahora es imposible. Siendo que no hay indicado otro heredero, el asunto se nos complica porque somos varios los posibles beneficiarios y el proceso se llevará una cantidad indefinida de tiempo. Pensaba que al volver con él a Canadá podríamos solucionar el asunto rápido, pero ya ve. Lo que no entiendo es cómo pudo cambiarse de nombre y cometer un crimen. Eso fue lo que me informaron cuándo pregunté en la policía. Ahora tendré que volver con las manos vacías y pedirle ayuda a nuestra embajada para que se investiguen los detalles de su muerte.

Durante el tiempo que había hablado la señorita Vacquette, Leblanc había maldecido en silencio lo absurdo de la situación mordiendo el labio inferior, incluso hizo una pausa, salió al servicio y golpeó los muros con el puño. Estaba desesperado. No podía creer que sucedieran cosas tan estúpidas. Se miró en el espejo y se dijo que estaba dentro de un sueño o algo así, porque en la vida real no sucedían esas cosas tan descabelladas y torpes.

—No será, necesario, señorita, Nosotros estamos a su servicio para cualquier cosa. Nos ha enviado el mismo inspector Clement Fouché. Sabe quién es, ¿verdad?

—Sí, lo he visto en los periódicos.

—Bueno, pues deje todo en nuestras manos y le ayudaremos a resolver su problema. Mire, de cualquier cosa llámenos a este número.

Los detectives se despidieron y se fueron a la comisaría. Bastián iba desconcertado haciendo miles de preguntas, pero Leblanc le dijo que ya se le había ocurrido el plan. Dirían que Claude Blainville se había metido en problemas con la mafia, que había contraído deudas y que, al no pagarlas, lo habían comenzado a seguir. Luego, se había cambiado el nombre, había falsificado sus documentos y no había tenido tiempo de escapar a su país. La treta era muy buena, pero si por alguna cosa, la señorita Vacquette dudaba y pedía la ayuda de su gobierno, los problemas serían enormes y terminarían todos en la cárcel. Podríamos ir más allá, querido Bastián—dijo Leblanc, abrazándolo—, podríamos proponerle que

se lleve a Martin Cloutier en lugar de su primo. Pero, ¿está loco, inspector? No, no querido Bastián, así como están las cosas sería la única solución. Lo único que tendríamos que hacer sería adecuar a Martín para que sea como Blainville y nos olvidamos de todo. ¡Analízalo, Bastián! ¿Qué no has visto películas de impostores?! Tenemos la situación ideal! Decidieron reunirse con la señorita Lesange. Bastián iría a preparar a Martín y Leblanc prepararía el terreno antes.

—Gracias por aceptar mi cita, señorita Vacquette, se lo agradezco mucho.

—No tiene por qué hacerlo, señor inspector, ya sabe que a mí también me gustaría encontrar una solución a mi problema.

—Pues, ya verá que es fácil. Siéntese y ahora le explicaré el plan.

La señorita Vacquette estaba un poco nerviosa y tenía cara de no haber dormido bien. Se había cubierto con el maquillaje las ojeras y trataba de aparentarse lozana. Leblanc lo adivinó de inmediato y pensó que tendría que actuar con precisión para no confundir a la dama. Ella sacó un cigarrillo y se lo llevó a los labios. Theophile sacó su encendedor y le ayudó acercándole con cuidado una pequeña flama.

—Es muy amable, gracias.

—Mire, señorita, quería preguntarle cuándo fue la última vez que sus familiares vieron a Paul Bleu.

—Pues, hace mucho tiempo, inspector. A decir verdad, la única que más o menos lo recordaba era yo. Me envió varias fotografías por correo, pero es muy diferente al que conocí en la juventud. Mire, aquí tengo una—sacó de su bolso una cartera, extendió una instantánea y se la entregó al inspector.

—Bien, mire, aquí se ve un hombre robusto de pelo castaño con ojos verdes. ¿Era muy alto?

—No, inspector, mediría un poco más de la media y estaba fornido.

—De acuerdo. Oiga, mire, ahí viene Bastián con un hombre, lo reconoce — Lesange se sorprendió porque en el inconsciente se había imaginado a su primo así—. No señor inspector, pero tengo el presentimiento de que ya ha